
Ángel Martín
FEROZ

1

Lo primero que percibo al volver a la conciencia es un sabor metálico en mi garganta completamente seca, y me siento cubierto de un sudor frío. Tengo el torso descubierto y el piso o la pared donde reposa mi cuerpo es de cemento helado. Hay un olor a acritud y podredumbre, mezclado con excrementos, y un zumbido continuo poco a poco le da paso al ritmo

monótono de agua fluyendo. La oscuridad es absoluta, y mis ojos apenas perciben vagos bultos a mi alrededor. Intento moverme y enseguida siento mis muñecas sujetas con un precinto alrededor de un caño oxidado y mugriento. Forcejeo pero me doy por vencido enseguida. No hay nada que hacer. Estoy a merced de lo que sea.

Estiro mis piernas cuanto puedo hasta chocar contra una superficie dura y convexa. Con la confusión tardo en caer en la cuenta de que es mi propia bañera y entonces me doy cuenta que estoy en mi propio hogar. Secuestrado en mi propia casa. Intento gritar pero sólo me sale un

chillido entrecortado. La sed abrasadora ha secado mi garganta y estiro mi otra pierna en dirección al lavatorio, con la idea de arrancar la cañería si es necesario.

Pero enseguida choco contra un bulto carnoso que hace un ruido a bolsa de plástico. Retrocedo instintivamente, pero de inmediato vuelvo a estirar mi pierna y doy unos ligeros golpecitos sobre el cuerpo. La posibilidad de que sea uno de mis hermanos me aterra, tanto si es Okina como el pequeño Chisana, desde luego es uno de los dos porque no hemos recibido visitantes en años. Hasta ahora.

Doy unos golpecitos más, el cuerpo no se mueve. Apoyo mi pierna sobre el caído,

esperando percibir el ascender y descender de la respiración. Pero no respira. Maldigo para mis adentros y estiro mi pierna por encima del cuerpo. Alcanzo uno de los tubos de plástico de la cañería. De una patada certera el caño vuela. Un pequeño estallido preludia un chorro de agua que fluye en dirección vertical para luego desparramarse en cualquier dirección. Levanto mi cabeza, abro mi boca sedienta, esperando la caída del líquido.

Pero el agua de inmediato pierde presión y fuerza. El chorro de agua esperado nunca llega. Sin embargo, un hilillo de agua comienza a fluir mojando el piso. Poco a poco se forma una capa líquida

que envuelve al cuerpo de uno de mis hermanos y no tarda en llegar hasta donde me encuentro. El piso está cubierto de agua, siento mis piernas y trasero húmedos. Me giro hacia un costado hasta quedar completamente tumbado en el suelo. Siento el agua en mis costados y algo de ella entra en mis orejas. Estiro mis labios pero no alcanzo a la delgada lámina de agua. Estiro mi lengua como un perro e intento apaciguar mi sed con pequeños lengüetazos. No me detengo a pensar en los posibles microbios del baño porque suelo limpiarlo dos veces al día. Sin embargo, el gusto de la sangre en el agua no me causa tanto displacer como me

esperaba. Tan sólo es cuestión de no detenerse a pensar que proviene de uno de mis hermanos.

Sacio mi sed hasta que el pensamiento irrumpe en mi cabeza como un meteoro en la atmósfera. Siento algo de culpa, pero también sé que es tarde y no puedo hacer más. Instintivamente, grito agónico:

–¡Ayuda! ¡Ayuda!

Pero no escucho ni espero respuesta alguna. Sólo el eco retumba en la oscuridad. Sin poder contenerme me echo a llorar, y entonces escucho una voz conocida del otro lado de la puerta, en el pasillo.

–Calma, hermano. O volverá por los dos.

2

El agente Zoro no era la clase de detective que cultiva aplausos ni ascensos, y por lo general iba de bar en bar pregonando teorías conspirativas las cuales sólo él conocía por trabajar en la Federal. Claro que nadie lo tomaba en serio, pero le prestaban atención porque siempre invitaba rondas generales con lo cual todos salían ganando. Como tantas otras veces, en aquel estado fue en el que lo encontró su compañera, la teniente Lola Usagi, y sin

disimular la rabia que le provocaba su compañero, lo arrastró hasta su patrulla y puso el vehículo en marcha. Ni bien puso primera comenzó un largo sermón que Zoro conocía bien sobre lo mal que le hacía a la fuerza su comportamiento para acabar preguntándose por qué sus superiores no habían hecho nada al respecto tras aquellos tres años en que estuvo relevando informes sobre las actitudes inapropiadas de su compañero. Incluso había solicitado un relevo tres veces y tres veces recibió un rechazo como respuesta. Desde luego, pretendían hacerla renunciar. Pero la teniente Usagi sabía que ella podía sobreponerse a cualquier tipo de obstáculo

cuando una meta se fijaba en su mente. Quería llegar a ser la directora del departamento de homicidios para poder hacer una limpieza general de agentes, y podría lograrlo en un par de meses, si tan sólo el jefe Hikigaeru reventara de una vez. Era un asunto personal, él mismo se lo había dicho; pero pretender hacer cualquier tipo de denuncia en ese aspecto sólo incrementaría la cantidad de sus enemigos. Así que, como se ve, no estaba en mejor posición que su compañero.

Atravesaron las calles de Zutoroporisu en plena madrugada solitaria, a través de una llovizna leve y densas neblinas. El agente Zoro señaló que aquella era la

escena perfecta para un crimen misterioso. Esbozó una sonrisa seductora que hizo fruncir el rostro de la teniente Usagi en una mueca chistosa. El agente Zoro se guardó sus chistes para otra ocasión y el auto se detuvo. Otra patrulla con las luces encendidas los esperaba. Descendieron.

Los hicieron pasar por un pasillo hasta el patio trasero. Entraron a la casa por allí. La violencia comenzaba en la cocina y un reguero de sangre se extendía escaleras arriba. Subieron por una madera rechinante de edad incalculable.

La escena del crimen estaba en el dormitorio principal. Bajo la cama se asomaba el cuello torcido de una anciana

con un único corte perfecto a la altura del cuello. A su alrededor la sangre seca había formado una pátina carmesí. El agente Zoro opinó que aquella mancha jamás sería borrada de aquel lujoso parqué.

Sin oír las palabras de su compañero, la teniente Usagi se adelantó unos pasos para examinar mejor el resto de la escena. Sobre la cama había una niña de unos quince años desnuda y con el vientre abierto en línea recta desde su tórax hasta el pubis. Los órganos se desparramaban cual pequeñas bolsas de masa blanduzca y rojiza. Le habían puesto una máscara por motivos de momento sólo desconcertaban. La teniente Usagi sintió sus ojos perlarse

ante la presencia del horror. Pero se mantuvo firme aunque lo bastante consternada como para no entender una palabra de lo que el agente Zoro comentaba. Apenas si lo vio señalando en dirección a los pies de la cama y, creando que era algún otro chiste, le lanzó una bofetada.

El agente Zoro lanzó un quejido, más por la sorpresa que por el dolor, y cerró su hocico de inmediato. No era que hubiese dicho algo malo, aunque no estaba del todo seguro. Retrocedió unos pasos mientras su compañera se dirigía a la dirección que el otro había señalado. A los pies de la cama yacía una prenda rojiza. Una caperuza de

niña que algún día partió inocente a visitar a su abuelita. La teniente Usagi tomó la prenda y de inmediato recibió un *flashback* de los hechos. Y supo que aquella herida no había sido perpetrada por una bestia común y corriente.

3

–¿Okina? ¿Estás ahí? –pregunté en un susurro de angustia.

–Soy Chisana. –Me corrigió la voz d inmediato y pude identificarla después. No hay muchas variaciones en nuestros tonos y la edad me ha dejado medio sordo como

para adivinar al vuelo quién es quién sólo por su forma de modular vocales.

–No te preocupes, hermano. Creo que es sólo un robo. Está hurgando en los dormitorios.

Sentí un sudor frío renacer en mi espalda al pensar en un desconocido revolviendo mis pertenencias. Siempre fui y seré muy celoso con mis cosas. No me gusta que nadie se meta con ellas. Intenté desatarme pero sólo forcejé en vano.

El precinto seguía tenso, simplemente marcando más y más mis muñecas hasta sentir un ligero ardor que me obligó a quedarme quieto.

–Mierda. No sale.

–Ánimo, hermanito. –Me dijo Chisana desde el otro lado. –Yo estoy a punto de zafarme.

Escuché el movimiento de su cuerpo sobre la puerta, e intenté imaginarme a qué demonios estaría amarrado mi pequeño hermano. Pensé que en el pasillo no había nada más que una luz y la reproducción de un cuadro de Van Gogh titulado Cangrejo de espaldas. Relajo mi cuerpo, entregado a lo que sea, con la esperanza d que Buró consiga desatarse y liberarme de aquello.

Me pego a la puerta y en un susurro le pregunto:

–¿Has visto quién era?

El sonido de su cuerpo moviéndose se detiene y lo oigo lanzar un largo suspiro.

–No. Llevaba una máscara.

–¿Una máscara? –Mi curiosidad se alimenta de mis sospechas. –¿De qué tipo?

Nuevamente Chisana dejó escapar un suspiro:

–Horrible sin dudas. Larga hacia adelante, y con muchos pelos. Parecía un perro…

–¿Un perro? –Dudaba mucho de las percepciones de Chisana sobre esto último. Tenía malos recuerdos de su infancia que lo hacían omitir cierta particular especie de predadores. Pero todo ello no era más que un castigo por jugar con el niño del

pastoreo a advertir un ataque sobre las ovejas de sus padres. Al niño sólo le dieron una paliza por mentiroso, pero él, por instigador, fue perseguido por toda la aldea para carnearlo y hacer el Festival Anual Popular. Se había salvado por un pelo, pero cuando volvió con nosotros estuvo meses en silencio. Adquirió un temor irracional hacia el grupo conocido como el azote de los campesinos. En este caso, los Okami.

–¿Estás seguro que no era otro animal? –Insistí.– ¿Uno mucho más peligroso y asesino? ¿Uno que empieza con…

–¡Con O! – Interrumpió Chisana ahogando un chillido.

Bajando aún más su voz apenas pude oírlo a través de la puerta.

–No me hagas… decirlo, hermanito, por favor. –Sollozaba.

Y entonces pude ver que el pequeño del otro lado era presa del miedo más absoluto.

Y que probablemente estaba lejos de poder zafar sus ataduras. Pero, por no querer caer presa de su propio terror, se mentía y distorsionaba sus percepciones con tal resultado que alcanzaba el temperamento para soportar una situación como aquella. No me fiaba mucho de él y era el más fabulador, pero también es cierto que era el más pequeño y que Okina y yo

habíamos jurado protegerlo ante la tumba de Mamá.

Con esperanzas, volví a golpear suavemente el cuerpo de mi hermano en el suelo. Pero no se movía. No despertaría. El agua bordeaba sus contornos como una isla. Con la punta de mis pies podía sentirlo como una playa carnosa tras los estragos de un huracán caribeño. Sentía que me faltaba el aire. Nunca sufrí de claustrofobia pero de repente el cuarto de baño me pareció más pequeño de lo que era.

4

El siguiente homicidio doble podría haberse previsto, pero como siempre la teniente Usagi encontró oposiciones de sus superiores. En la escena de la primera masacre, alguien había escrito sobre la prenda hallada una serie de números. La noticia se demoró hasta llegar a la teniente Usagi, quien lo supo del mismo modo en que se enteraba de las cosas aberrantes que sus compañeros soñaban hacer con ella si la encontrasen durmiendo desnuda. Fue hasta el *drugstore* y compró un Jack Daniels. El agente Zoro esperaba en el auto y no ocultó su alegría cuando la teniente Usagi le pasó la botella abierta. Como siempre ocurría, el agente Zoro sólo sintió

sospechas cuando un letargo le adormecía todos los miembros y lo obligaba a reclinar su butaca. Cuando esto ocurría, la teniente Usagi estacionaba el vehículo en un lugar oscuro y apartado y, luego de cerciorarse de haber trabado las puertas, se subía sobre el cuerpo derrumbado por la bebida de su nefasto compañero. Sin apoyarse ni un centímetro sobre el ebrio agente Zoro, y poniendo su tono más seductor le decía al oído:

–Quiero que te concentres en mi voz y únicamente en mi voz. Vas a relajarte. Cuando diga uno estarás completamente dormido. Cinco… cuatro… tres… dos… ¡uno!

El agente Zoro abrió sus ojos completamente con una frialdad maquinal. Estaba bajo el efecto de la hipnosis. La teniente Usagi, que era apenas una aprendiza en aquella ciencia, hizo las comprobaciones típicas.

–¿Estás dormido? –Le preguntó mientras le clavaba sus uñas en el brazo hasta hacerle brotar sangre.

El agente Zoro, que por lo general era un quejica de lo más exagerado, no movió un músculo ni hizo gesto alguno. Su hocico se abrió apenas, para decir:

–Sí.

Hey–ho, pensó la teniente Usagi, *let's go*.

–¿Qué sabes del caso de la caperuza? ¿Han salido los resultados de laboratorio?

Sin cambiar su actitud maquinal, del hocico del agente Zoro brotó una voz de contestadota automática.

–La máscara de látex cubierta de pelos que tenía el cuerpo fue puesto en el cadáver luego de producido el deceso. Esto quiere decir que era una burla para nosotros, o quizás un mensaje. Cuando el Jefe Hikigaeru se enteró de esto puso el grito en el cielo, porque no le gusta que jueguen con él ni dejen en ridículo a la fuerza. Lo primero que hizo fue girarle dinero a la prensa para que no se ocupasen del caso. Controlado el fluir mediático,

puso a cargo de la investigación a mi buen amigo el detective Mosca. Bueno, en realidad no es tan buen amigo mío. Siempre anda zumbando de aquí para allá y por eso siempre acaba por enterarse de lo más inaudito. El Jefe Hikigaeru lo envió a investigar por los barrios bajos, pero su cerebro es tan pequeño que lo primero que hizo al saber que estaba enredado con uno de nuestros casos fue venir a buscarme y echármelo en cara. Como si fuese una competencia. Pero bueno, así es como ven el mundo las moscas. Quién gana más, quién tiene el mejor auto, la casa más grande, la mujer más delgada. Pero tan pronto como me vino con esta noticia sin

importancia pude ver que en su vehículo lo aguardaba su compañera, la agente Vaca, con quien toda la Fuerza sospecha que tiene un idilio, pero que él niega furiosamente cuando se lo preguntan. Así que podría haberlo irritado, pero no lo hice. En cambio, le di mis felicitaciones y lo dejé seguir su camino, porque tenía entre mis manos un archivo médico que acababa de robarme del laboratorio. Está en la guanera, si quiere verlo.

La teniente Usagi se separó de su compañero y buscó en la penumbra dentro de la guantera. Lo único que había era una delgada carpeta azul. La abrió y a la luz de la linterna examinó su contenido a la vez

que el agente Zoro proseguía con su discurso maquinal:

–El informe es el de rutina, conteo de laceraciones y hematomas. Pero fíjese que en ningún lado ponen violación de ningún tipo, sólo destripamiento. Se ve que el forense posee un ojo clínico y directo, por lo que prescinde de cualquier diccionario al momento de definir a las víctimas. Pero esto son detalles leves… Mire la segunda hoja.

La teniente Usagi observó la siguiente hoja, donde se detallaba información sobre los objetos hallados.

–Como ve la máscara no nos dice nada. Es una típica careta de lasque se venden en

los cotillones. El fabricante es un monopolio internacional y aunque tiene todos sus registros al día no ha colocado rastreadores en sus productos tal como indica la ley. Sin embargo, la ley para nosotros no es la ley para los grandes capitales extranjeros, así que no va a haber sanción alguna. Además esto es Homicidios, no el Fisco. Sin embargo, en la prenda de la niña encontraron una serie numérica de seis valores que hasta ahora nadie más que yo ha podido dilucidar.

La teniente Usagi levantó la vista de la hoja de informe y miró la expresión fría en los ojos hipnotizados de su compañero.

–¿Y lo cual es?... –Pregunto la teniente.

–Dos pasajes bíblicos. Ambos sobre la destrucción de Babel y la aparición del reino de Dios en la tierra.

–¿El apocalipsis?

–No. Uno del libro de Ezequiel y otro del libro de Daniel.

Para la teniente Usagi aquellos nombres no significaban nada.

–Ambos textos pertenecen al Antiguo Testamento, lo que nos daría dos pistas importantes: es un lector de la Biblia, y no de la legal. ¿Sabe qué significa eso?

La teniente Usagi sabía exactamente la respuesta pero estaba demasiado consternada como para darse cuenta que los hipnotizados no hacen preguntas.

Se limitó a contestar:

–Un psicópata.

–Exacto. –Respondió el agente Zoro sin abandonar su frialdad.

5

Del otro lado escucho la puerta del pasillo abrirse. El eco que queda resonando en mis orejas me hace esperar que la puerta que sea abierta sea la mía. Pero no es así. Oigo unos pasos pesados también, que se acercan hacia donde estamos nosotros, pero más peligrosamente cerca de Chisana, mi hermano menor.

¿No hay nada que pueda hacer? Vuelvo a forcejear con el precinto que estrecha mis muñecas tras la vieja cañería de la casa, esa que era de bronce y no se podía romper de un simple golpe. Tiro mi cuerpo hacia adelante y a medida que los pasos avanzan hacia el indefenso Chisana me digo que no me importaría arrancar mis extremidades con tal de poder poner a resguardo a mi hermano.

Pienso en Mamá. ¿No había nada que yo pudiera hacer?

Sentí mi propia impotencia dominar la situación, el precinto tirando y lastimando mi piel innecesariamente.

Jamás cedería.

No había nada que alguien como yo pudiese hacer.

Volví a estirar mi pierna para sentir la fría mole en que se había convertido Okina, y lamenté no estar en su lugar. Él habría sabido qué hacer. Él siempre fue el práctico de los tres.

El mayor. Alguna vez le tuve envidia y sé que inculqué esta semilla de maldad en el pobre Chisana cuando éramos todavía muy jóvenes. Con el tiempo estas desavenencias habían desaparecido, después de todo vivíamos en el mismo lugar. Ahora experimentaba la mayor de las culpas por aquel final tan sórdido y

cruel en la misma casa que él había construido con tantos esfuerzos.

6

Demasiado tarde (como siempre) la teniente Usagi se arrepintió de haber estado siguiendo las corazonadas de su nefasto compañero, el agente Zoro. Comenzó a dudar de sus poderes como hipnotista, y seguidamente de la misma hipnosis, pero finalmente decidió que no podía poner en cuestionamiento toda una ciencia por la ineptitud de su colega. A lo mejor acababa de hacer un nuevo

descubrimiento, y es que los juicios de los hipnotizados son tan falibles como los seres mismos. Se había equivocado al pensar que era como activar un oráculo en las mentes de sus interlocutores. Sólo podía pedir datos sobre hechos concretos, no guiarse por corazonadas aparecidas en aquel instante reflejo.

Claro que su ansiedad por resolver el caso la hicieron ordenar a su compañero la investigación de textos bíblicos (ilegales) para dar con el paradero del homicida. El agente Zoro obedeció, sorprendido por el giro que cobró la investigación antes de él señalar la posibilidad, como a menudo ocurría. Creía que le había ocultado cuanto

sabía a la teniente, pero misteriosamente ella parecía estar al tanto de todo. Quizás tuviese un informante en la Fuerza que desconozco, pensaba con recelo. El agente Zoro llevó adelante con alegría la investigación durante unas cuarenta y ocho horas, hasta dejarse caer en un bar y fumarse hasta el último pasaje en el baño público. Sin embargo, memorizó los fragmentos que coincidían con los precisos números encontrados en la escena del crimen y se los recitó palabra por palabra a la teniente Usagi. Esta no supo bien qué hacer con aquellos datos que volvían más intrincado al asunto, pero recordó un caso en el que las palabras que se pronunciaban

no querían decir realmente aquello que significaban. En aquella ocasión se consultó con un estudiante de retórica. Allí les enseñó una palabra bonita (metáfora) cuya pronunciación recordaba pero cuyo significado se volvía borroso a medida que pasaban los días. Sin embargo, vagamente recordaba que era algo así, como una (metáfora) idea que se decía usando otra idea…

–¿Será una metáfora? –La teniente Usagi pensó en voz alta, pero por algún motivo el agente Zoro creyó que le pedía su opinión.

–Probablemente. Todas las citas bíblicas pueden leerse en cuatro sentidos según nos enseña Dante en la Divina Comedia…

–No pedí su opinión, agente. –Lo interrumpió la teniente. Su teléfono celular comenzó a vibrar. –Cierre la boca un rato y trate de pensar mientras atiendo, ¿si?

El agente Zoro se acomodó en el sillón de la oficina de la teniente mientras la observaba ir y venir contoneando su sedosa figura. Entrecerrando sus ojos, el agente Zoro soñó despierto cómo sería acariciar aquella textura pomposa que coronaba su baja espalda.

–¡Agente! ¡Derecho! ¡Ahora! –La voz de la teniente ladró delante de su mirada

perdida. El agente Zoro salió de su sopor y se puso de pie tal como ordenaba su superior. –¿Qué le pasa, agente? ¿De nuevo en las nubes?

La pregunta sarcástica en la teniente Usagi, notó el agente Zoro, se presentaba siempre que tenía que enfrentarse a algo que la ponía tensa.

Acababa de recibir un llamado bastante breve, pero no tanto como los que solían hacerle para decirle obscenidades que harían con ella y enseguida colgar.

El agente Zoro sabía cómo cambiaba el humor de su compañera cada vez que tocaba su hora de entrar al trabajo. Lo que no sabía era por qué aquella joven conejita

buscaba amargarse la vida haciendo un trabajo que no le causaba placer alguno más que cuando ponían a un tipejo tras las rejas, algo que no siempre salía.

Y cuando salía no solucionaba nada, porque como el agente Zoro sabía, el mal no es reductible a un individuo y las prisiones no reinsertan ciudadanos sino que domestican a los criminales. Sólo estaba allí con la esperanza de disparar y dar en el blanco algún día, para aliviar, siquiera levemente, los gastos de su alquiler.

7

La puerta del baño se sacude violentamente a mis espaldas. Del otro lado, en el pasillo, mi hermano Chisana lloraba y gritaba, implorando que no le hicieran más daño. Del otro lado una voz grave, sádica, se relamía de placer ante el terror que invadía al pequeño.

–¡Basta! –Gritaba yo, a mi vez, tirando del precinto con todas mis fuerzas, sintiendo el ardor penetrar más y más en la carne, hasta percibir unas gotas cálidas abriéndose camino hasta la punta de mis dedos.

–¡Basta! ¡Jamones!

Los golpes se detenían unos instantes, en los que sólo se oía el llanto de Chisana,

luego volvían a escucharse las patadas y puñetazos que el otro repartía a su gusto.

–¡Alt…o! ¡Bas…ta! ¡Porfa…vor! –Las palabras de Chisana salían entrecortadas bajo la lluvia de golpes. El salvaje del otro lado no entendía razones. Por encima de las quejas de mi pequeño hermano, resonó un aullido largo que me heló la sangre.

De inmediato dejé de forcejear y pegué mi pared a la espalda, atemorizado por no sé qué trauma tenido también en tiempos de infancia. Quería gritar el nombre del asesino al otro lado, quería escupirle mi odio en toda su cara. Pero no podía. El terror me tenía inmóvil.

Tan sólo pude agachar mi cabeza, para ver el resplandor del pasillo colándose bajo la puerta.

El piso cubierto de agua salía al exterior y me imaginé manchada la alfombra, con tanta humedad que sería necesario cambiarla para evitar que se arruinasen los pisos de madera. Aquellos pisos habían sido el orgullo de Okina.

–¡Porfa…vor! ¡Alt…o! ¡Bas…ta! –Los quejidos y ruegos de Chisana al otro lado no surtían efecto alguno sobre el agresor salvaje que aumentaba su saña con cada golpe.

La presión de la puerta había desaparecido y no tardé en imaginarme al

monstruo suspendiéndolo en el aire, del mismo modo en que lo había hecho diez años antes, para dejarlo pender con sorna sobre su inmensa boca llena de dientes mientras el pobre se deshacía en lágrimas.

Diez años atrás habría estado liberado y en forma, y con el ímpetu del espíritu de la música le habría enterrado mi flauta favorita para que deje caer a Chisana. Así fue como ocurrió entonces, cuando el mundo ya era lo bastante salvaje como para no querer recibir a extraños. Ahora todo no era sino una pesadilla creciente en cada golpe que oía sobre mi hermano. O dentellada. Chisana comenzó a gritar con absoluta desesperación y de inmediato

supe que la bestia había comenzado a asestar sus últimos toques.

Los gritos de mi hermanito crecieron en la oscuridad, y lo único que se oía ahora era el estallido de las dentelladas feroces del otro lado. Como eficaces cuchillas afiladísimas, los caninos hendían y separaban las carnes a gusto.

Y cuando la sangre comenzó a manchar el agua ya rojiza que se perdía bajo la puerta del baño, la penumbra me devolvió un color escarlata que me confirmaba lo peor. Unos segundos después, la puerta del baño se abrió de par en par.

8

En la patrulla policial, la teniente Usagi ubicó en el monitor central la nueva escena del crimen. Pero fue cuando vio el recuadro inferior derecho que marcaba las coordenadas cuando se ofuscó. Era la misma serie numérica que se hallaba en la caperuza roja del primer homicidio doble. Maldijo su ceguera y se prometió nunca más confiar en las corazonadas del agente Zoro. Sin embargo, era su compañero y, por ello mismo, no pronunció queja alguna mientras se trasladaban a la escena del delito. Pero tampoco dijo una palabra a lo largo de todo el trayecto. Y Zoro supo de inmediato que si alguna vez pudo haber

tenido una remota posibilidad de alcanzar las costas de la isla teniente Usagi, aquel error suyo había sido como un huracán que lo pone a uno en dirección a un océano gigantesco e indiferente donde no tardará en ser devorado por tiburones.

En cuanto la teniente Usagi atravesó la puerta del domicilio (una casa de una sola planta, cuadrada, estilo colonial, con techos altísimos, un largo porche adornado con helechos), humilde pero confortante, todos sus nervios se crisparon imaginando lo dantesca que sería la escena que estaba a punto de presenciar. Tragó saliva y se detuvo varias veces disimulando su malestar cotejando detalles externos para

postergar la llegada a la habitación del fondo. El agente Zoro seguía cada uno de sus pasos, solícito y disimulando también que estaba al tanto de cómo poco a poco se iban debilitando los nervios de la teniente Usagi.

Pero lo que el agente Zoro no sabía era algo que espeluznaba a su compañera y él no estaba al tanto. Los animales herbívoros por lo general emiten un olor similar, y la percepción de este olor, sea cual fuere la especie animal, les confería una especie de vínculo secreto en el mundo zoológico. Por eso cada vez que un herbívoro presenciaba la muerte de otro como él, el espíritu temblaba porque el mundo se acercaba más

a un festín grotesco, bestial, de carne y vísceras. La pesadilla de la teniente Usagi. Y ahora estaba a punto de vislumbrar retazos de ese universo turbio. La habitación del fondo era una especie de depósito de víveres. Las paredes estaban atiborradas de estantes con latas de conservas y otros productos similares. Parecía un refugio en caso de un desabastecimiento.

–Quizás un caso de acumulación compulsiva. –Dijo el agente Zoro. Pero la teniente Usagi no le prestó atención.

Sus ojos estaban abiertos de par en par viendo los dos pequeños cuerpos destrozados a lo largo del piso. Las

extremidades habían sido separadas del resto de los cuerpos, dejando un reguero de sangre y cartílagos a lo largo de todo el suelo. Había lana desparramada aquí y allá con desordenadas pinceladas rojizas. Por todos lados había huellas de un animal conocido. Los torsos estaban cubiertos de mordidas, y faltaban muchos trozos de carne. Pero no había hambre en aquel crimen, sino una violencia sádica que la teniente Usagi interpretaba como un permiso para matar. Poco a poco recuperó el control de sus expresiones, y los lacrimales que osaban expeler líquido sobre sus ojos abiertos de par en par, parecieron replegarse sobre sí mismos mientras su

ceño se iba frunciendo para producir una mueca de odio y repulsión.

Sobre el estante superior, y tras unas cuantas cajas de puré de tomates, alguien había dejado un mensaje horrendo. La teniente Usagi tiró enseguida las cajas que le tapaban la visión y notó con horror que el asesino había usado la misma sangre de sus víctimas para anotar en las paredes otra serie numérica. Apuntó los números en su memoria y abandonó la escena con la cabeza gacha. En la calle, la madre era contenida por la policía inútilmente. La cabra gritaba de dolor sin poder comprender cómo pudo haber sido que sus

hijitos no obedecieran su orden de no abrirle la puerta a ningún extraño.

9

El primer zarpazo me da de lleno en el ojo y toda mi visión se vuelve naranja. Ayuda a esa sensación la luz del baño recientemente encendida. Una inmensa mano peluda me toma del extremo superior de mi cabeza y me susurra al oído:

– Te llegó la hora, asesino.

Y no entiendo una palabra de lo que dice. Dolorido, me atrevo a preguntar:

–¿Y Chisana?... ¿Dónde está Chisana?... –Lanzo un escupitajo sanguinolento sobre los cerámicos.

Otro zarpazo del lado contrario me deja aturdido, y aunque sigo repitiendo las mismas dos preguntas, me cuesta cada vez más modular y las palabras me salen entrecortadas. Supongo que mi rostro de confusión habrá movido algún hilo de crueldad socarrona en mi captor para que lance una carcajada obscena que termina en accesos de tos.

–Primero, voy a hacer lo que hacen con todos los que son como ustedes. –La misma voz susurrante al oído. En la confusión, no sé por qué pensé que quien me hablaba era

una serpiente, no la bestia feroz que abría un bolso delante de mí. Extrajo una pequeña batería de automóvil y una vara metálica que conectó con unos diodos. En cuanto estuvo en contacto múltiples rayos comenzaron a surcarla desde la parte superior hasta la base. Impresionado por los juegos de luces, en ningún momento pensé en cuál sería su tacto.

Pero de inmediato lo supe. Sin necesidad alguna. Sentí una quemazón imposible atravesando mi piel y adentrándose en mi carne, en mis células nerviosas, reduciendo los poros cutáneos a cráteres oscuros que ennegrecían

dolorosamente. Chillé y chillé como nunca imaginé que chillaría en mi vida.

Y sentía que quería morir. El dolor fue la sensación más insoportable. Los músculos se tensionan para recibir la descarga pero uno nunca está lo suficientemente preparado para recibirla. La adrenalina y las pulsaciones aumentan. Uno siente que el corazón y las venas de la sien le van a estallar a la vez. Y de repente entra la corriente, y la quemazón, y el ardor que comienza a abrirse paso en el cuerpo, que ya no es cuerpo sino una llaga ultrajada por un sadismo impune, un estéril parque de diversiones abandonado y en ruinas. No existió ni existirá

pensamiento posible para desviarse de aquel dolor infranqueable. Todo mi cuerpo se acudía involuntariamente, temblando, y la espuma que salía de mi boca caía toda sobre mi cuerpo mezclada con fragmentos de un vómito también involuntario y en cuotas. Mi estómago lo devolvía por sí sólo, y no recordaba cuál había sido mi última comida.

Pero entre la confusión y deserción mental tras la tortura, una sola pregunta se abría paso en mi mente.

–¿Y Chisana?... ¿Dónde está Chisana?... –Levanto un costado de mi rostro que ya no es más que una masa sanguinolenta

cubierta de lágrimas y mucosidades de todo tipo.

Pero no hay más respuesta para mí que otra descarga.

–¡Hijo'e puta! ¡Malnacido! ¡Asesino!

Escucho las palabras y no sé si las estoy diciendo yo o me las están diciendo a mí. Con furia, con locura, con desesperación. ¿Acaso no estábamos los dos atravesados por los mismos conflictos emocionales y conjurados en una pantomima criminal para la consumación de un castigo?

Cuando acabo de formular esta pregunta vuelvo a estar solo, todavía maniatado, la lengua suelta sobre la pared manchada de múltiples fluidos corporales.

No sé por qué pero me echo a llorar. Del otro lado de la puerta escucho silbar a Chisana una melodía de nuestra infancia. Es su manera de decirme que me calme, que todo va a estar bien.

10

En cuanto puso su pata en el acelerador, la teniente Usagi ya tenía marcada las coordenadas en el monitor central de la patrulla. La pantalla mostraba la imagen de un barrio periférico de basurales a cielo abierto y silos abandonados.

Alguna vez, todo aquello había pertenecido a la Compañía Monsanto, pero tras la Gran Fractura, todos los obreros abandonaron sus puestos para ser parte del combate y la empresa se dedicó a la ingeniería genética, en particular a proveer de cuerpos sintéticos a distintos clientes que no eran más que un cúmulo de información sujeto a un algoritmo de comportamiento y que representaba algo basado en una entidad humana. Sin embargo, no había registros de historia al respecto, y a medida que se adentraban más y más en aquella zona de cielos grises y niveles riesgosos de radiación, el agente Zoro recordó cada una de las teorías

conspirativas que apuntaban a aquel sitio como un campo de pruebas de entidades ectoplasmáticas que capturaban desprevenidos para alistarlos en sus guerrillas de universos alternativos para poner en jaque la supremacía de los Ancianos de Zion, o algo así, en el continuo tiempo espacio.

Lo recordó en el más profundo silencio, para sí mismo, mientras con el rabillo del ojo observaba el comportamiento cada vez más nervioso y obsesivo de la teniente Usagi. Bajó la ventanilla, olisqueaba el aire enrarecido y tóxico sin preocuparse de los gases que inevitablemente se introducirían en sus pulmones para dar inicio a un

cáncer que quizás tardaría veinte años en gestarse… pero lo haría.

El agente Zoro no entendía qué olor intentaba sentir, y bajó un poco la ventanilla de su lado, arrimando apenas su hocico para imitar a la teniente. En polvo ácido del exterior se deslizó hasta llenarle la garganta de un sabor herrumbroso y acre que le dio un ataque de tos.

La teniente Usagi observó de reojo a su compañero por primera vez desde que habían salido de la última escena del crimen y esbozó una sonrisa. El cuerpo delgado del agente Zoro se contoneaba con cada tos que soltaba. Por un momento creyó que estaba exagerando hasta que lo

vio ponerse todo morado. Entonces se preocupó, pero una vez más disimuló sus verdaderos sentimientos y pisó un poco más el acelerador.

En la pantalla el punto rojo que los representaba se acercaba poco a poco a la circunferencia naranja que señalaba el mapa.

Pero unos cuantos metros antes de llegar, la pantalla se puso toda azul y no hubo manera de reiniciarla. La teniente Usagi dijo la palabra con F… El agente Zoro tomó nota de ello y le ofreció su brújula de los Corta Palos para usar como guía.

Ella la tomó y se la devolvió, furiosa, diciéndole que nunca fue una ciudadana de la era de la técnica y la industria, sino una defensora de la utopía artificial y que no tenía idea de cómo se utilizaba aquella magia. El agente Zoro le explicó cómo ubicarse a partir de los polos, y luego, pidiéndole a la teniente que le repitiera los números que ella había memorizado hizo un cálculo aproximado sobre el sitio exacto al cual debían dirigirse. Unas oficinas ruinosas a unos doscientos metros por delante de donde se encontraban.

Entonces, la teniente Usagi recordó momentáneamente su promesa de no dejarse guiar de nuevo por el agente Zoro.

Miró a su alrededor, y tras comprobar que no había nadie más para juzgarla, ni tampoco alguien más a quien solicitar una opinión, acabó haciendo lo mismo que muchas otras veces: seguir la pista que indicaban las intuiciones de su compañero.

Avanzaron en línea recta hasta el depósito. Se entraba por una única puerta de tres hojas, algo oxidada, pero que con la fuerza de ambos no tardó en ceder. Del otro lado, el paisaje desértico y abandonado que había dejado la catástrofe humana desaparecía.

Los dos agentes de la Fuerza Federal entraron cautelosamente pero sin poder dejar de levantar sus cuellos para admirar

la magnitud de aquellas maravillas que sus ojos nunca habían visto ni sus mentes, imaginado.

11

–…Hermano… ¿Cómo estás? – La voz del otro lado de la puerta se forzaba por mantenerse en pie pese a un dolor terrible. Antes de abrir mis ojos identifiqué la voz de Chisana. Me sentí agradecido de que aún estuviese del otro lado; simultáneamente me sentí preocupado por las lastimaduras que podría tener en su piel tan inmaculada y frágil.

Y me sentí culpable.

Claro que todavía me faltaba la peor parte, asumir mi verdadera responsabilidad ante mi feroz enemigo y enfrentar mi destino.

Pero entonces todavía no lo entendía, mi mente aún era presa de la confusión por la violencia y la ansiedad.

Tenía un ardor terrible que nacía en la punta de mis dedos pero que identificaba en mis muñecas. La sangre se había secado pero cada movimiento me causaba más ardor y crecía la sensación de que el plástico del precinto se iba enterrando más y más en mi carne. Las venas de mi sien latían mientras intentaba girar mi cuello para aliviar un dolor muscular intenso.

–¡Chugata!... ¿Estás ahí?

Esforzándome para no mostrar el nerviosismo en mi voz le respondí:

–Sí.

Del otro lado su voz fue de alivio y alegría.

–¡Oh! ¡Gracias a Dios! No te escuchaba hace horas…

–Chisana. –Lo interrumpí en seco. –¿Alguna idea de cuántas horas llevamos encerrados?

Hubo un instante de silencio en el cual escuchaba a mi hermano pensando y restregándose contra la pared del pasillo.

–No sabría decirlo. –Dijo finalmente. –Quizás entre tres y doce horas…

Era mucha diferencia. Era como no tener ningún dato en absoluto. Además, pensaba, ¿cuánto podría resistir Chisana aquello? ¿Qué le había hecho la bestia?

–Chisana, ¿cómo estás de salud, hermanito? –Contuve el impulso de expresar mi impotencia y me mantuve firme en cada palabra.

Hubo otro instante de silencio y restriego contra la pared por parte de Chisana, y después de oír como golpeaba su nuca un poco contra la pared, dijo:

–No muy bien, supongo. Tengo mucho dolor pero la mayor parte del cuerpo la siento entumecida. Se me adormecieron las piernas hace mucho, y por la postura en

que estoy no puedo moverme. Me inyectó una especie de suero en el brazo, que me quité un par de veces hasta que me rompió la mano y me la sujetó a mis espaldas. También me aplicó anestesia en esa herida, así que no hay dolor pero tampoco tengo control sobre muchas partes de mi cuerpo…

–Perdón… –dije susurrante.

–Oh, Chugata. No es tu culpa, hermano. –La sinceridad de Chisana me daban un consuelo que sin lugar a dudas no merecía.

–No, Chisana, hay cosas que nunca te contamos por ser el menor. Pero sí, ahora me doy cuenta que es todo mi culpa y de

Okina. Aunque supongo que él ya ha pagado, ¿no?

Estiré mi pierna en dirección a donde solía estar el cuerpo caído de mi hermano mayor. Pero no estaba. De seguro la bestia que nos tenía acorralados se lo había llevado. Para qué o por qué era algo que jamás sabría.

Mi mente convulsionaba daba piruetas suicidas entre el montón de memorias que surgían en mi cabeza. Y entonces, ante los oídos inocentes de Chisana hice mi confesión: le conté que luego de aquella vez en que un vándalo Okami intentase derribar nuestras casas, cuando recién nos establecimos en aquella región, nuestro

agresor fue condenado a diez años de reclusión. Esa misma noche salimos a celebrar junto a Okina, y el triunfo nos hizo más unidos. No le gasté nunca más una broma, y de la borrachera que nos agarramos esa misma noche hablamos sobre vengarnos con la misma impunidad con que nuestro enemigo salvaje había intentado quitarnos todo lo que teníamos.

Le pregunté qué tenía en mente y me dijo que podíamos secuestrar al hijo solitario que había quedado en el bosque mientras su padre cumplía la condena. En principio era una broma. Nos tomó tiempo ubicarlo, nómade y asustadizo, era un pequeño escurridizo. Quizás demasiado

pequeño. Okina hizo un lazo y yo se lo coloqué en el cuello. Tiraba con una fuerza impresionante para su tamaño, y tuvimos que hacer fuerza entre los dos para arrastrarlo.

El pequeño lloraba y lanzaba aullidos de cachorro porque nuestros tirones le hacían daño. En uno de nuestros esfuerzos supongo que nos excedimos. El lobito cayó al suelo y no se levantó más. Nos acercamos y tratamos de ponerlo en pie, pero su cabeza con el cuello roto se cayó hacia el lado opuesto.

Okina me aseguró que había sido culpa de la criatura por jalar el lazo con demasiada fuerza. El miedo tendría que

haber paralizado al cachorro para que los adultos pudieran saciarse a gusto. Sin embargo, ninguno de nosotros imaginó que los Okami no sienten miedo alguno.

– Pensamos dejar el cuerpo tirado – confesé sintiendo mi vergüenza ante cada palabra. –Pero Okina dijo que lo mejor sería ocultar nuestras huellas. Lo trajimos antes del amanecer, lo despellejamos y lo hervimos en la cazuela que está en la chimenea. Al mediodía ya no quedaban ni los huesos, y la satisfacción no me dejaba mantenerme firme. Dormimos el resto del día hasta bien entrada la noche. Con Okina no volvimos a mencionar el asunto, y en mi memoria estaba seguro que la cena de

nuestra celebración había sido otra muy distinta. Pero todo lo que ha ocurrido me ha traído este crimen al presente, y no seré una mente brillante para las deducciones, pero entiendo por qué está ocurriendo lo que está ocurriendo. Por eso, te pido perdón, hermano…

Del otro lado sólo el silencio me respondió. No hubo recriminación alguna ni preguntas ni suspiros de ninguna clase.

Temí lo peor.

Pero antes de poder arrimarme a conjeturar alguna otra posibilidad la puerta del baño volvió abrirse y la misma mole bestial de antes irrumpió en el cuarto, esta vez con ganas de causar más dolor.

12

–¿Es este el escondite de un psicópata con trastornos zoomórficos? –se preguntó la teniente Usagi a sí misma, pero en voz alta.

Por ello mismo el agente Zoro creyó que era una pregunta dirigida a él. Nada más lejos de la verdad.

Y sin embargo, empujado por la vanidad o por el asombro de aquel paisaje de ensueños, le respondió:

–Supongo que la Utopía artificial no es para todos, como dicen algunos.

La teniente podría haberle planteado una docena de refutaciones de haberlo escuchado, pero tenía la vista fija en las filas que formaban aquellos interminables eucaliptos, hipnotizada por el crujir de hojas rígidas bajo sus pasos. Tras ellos, llegaron a un prado de verde intenso y muy pulcro bajo un límpido cielo azul y un sol cálido como una caricia, exento de los peligros que entrañaba el sol artificial de la Utopía artificial.

Entonces, la teniente Usagi consideró por primera vez la posibilidad de que el sol artificial no era el único, y que podía existir una cantidad variable de soles artificiales, capaces de recrear diferentes formas de

vida en cada caso. Se preguntó también cuál podría ser la forma de vida que albergara aquel lugar tan diáfano y paradisíaco y qué tipo de amenaza podía encubrir. Pero no atisbó ninguna idea. Aún estaba ofuscada por la idea de que otros soles artificiales existieran.

Mientras tanto, el agente Zoro intentó hacer una recapitulación de los hechos basándose en el perfil del único sospechoso. El siempre indeseable Hageshi Okami.

Había algunos personajes como él a lo largo de toda la historia de la Utopía artificial. Si bien uno estaría inclinado a creer que el mundo que habitaban era

perfecto, aquella perfección que buscaba recrear la energía que los había moldeado, también tenía que colocar seres sumamente imperfectos; sólo a la simetría puede adjudicársele perfección, y toda simetría se basa en la dualidad. De otro modo estaríamos flotando en el espacio como una serie de entidades abstractas, aún buscando un cuerpo que ocupar…

Del mismo modo, era necesario que existieran criaturas como Hageshi Okami. Huérfano, ermitaño, habitante de inhóspitas zonas despobladas, fue un merodeador con varios arrestos antes de cumplir la mayoría de edad. Cada vez que lo llevaban al Domesticario mordía a

algunos veterinarios y escapaba. Ya desde entonces, la Federal tenía registros de la bestia.

Su prontuario se componía de hurtos, intentos de violación, destrucción de propiedades, acoso, secuestro y hasta supresión de identidad. Por él se suponía que ni las jovencitas debían tomar atajos yendo a casa de sus abuelitas ni los cabritos debían abrir las puertas de sus hogares a desconocidos, ni tampoco los chanchitos debían construir casas frágiles…

Entonces, el agente Zoro percibió un patrón delictivo, una palabra salió de su hocico en un modo que consideró revelador:

–Venganza. –Dijo.

Y la teniente Usagi que continuaba avanzando sintiéndose gravitar a cada paso se giró en su dirección:

–Mulder, no puedo creer que juzgues la realidad tan simple.

El agente Zoro no entendió, pero aún más extraño le resultó que la teniente Usagi le dirigiese la palabra y que lo llamara por su nombre de pila. La observó atentamente, y no tardó en notar que algo no estaba bien.

Probablemente había dejado de prestar atención en cuanto se puso a pensar en la mente criminal que estaban intentando cazar. La teniente Usagi podría haber echado a correr tras ver algo llamativo y,

sin mayores miramientos, dejarlo atrás. Eso era más su estilo.

Pero aquello, hablarle de aquel modo le resultó siniestro. Y el hilo de una máscara que le cruzaba el rostro lo sorprendió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Una dentellada cortó el aire. Y la respiración.

El agente Zoro cayó al piso, el cuello abierto y la sangre fluyendo, intensa.

–Agente, no puedo creer que piense que esto se trate de una simple venganza.

Una voz aguda de un rostro que no podía identificar le hablaba desde lo alto. Pero su intensidad decreciente y el dolor lacerante le hacían perderse en las palabras.

–Bienvenido al mundo de los cuentos infantiles… –Fue lo único que escuchó antes de que todo se volviera negro.

13

Despierto con más dolores que antes, pero en una posición mucho más incómoda. Me balanceo de un lado a otro del baño con las extremidades sujetas del conducto superior de la ventilación. Debo hacer mucho esfuerzo para elevar apenas unos centímetros mi tronco y comprobar las ataduras que me mantienen en aquella posición incómoda. Borbotones de sangre

fluyen de mis labios y nariz, y forcejeo con la esperanza de que la tensión me libere.

Chillo. Todo es inútil. Sigo atado.

Sobre el borde inferior de la pared veo una sombra recortando el resplandor del pasillo. Una negrura que va creciendo y tomando formas curvas, que encuentro amenazantes.

Se apoya en una de mis orejas al rojo vivo y me susurra en un tono grave y sádico:

–Quiero escuchar cada uno de tus gritos hasta que mueras.

El espanto me sacude, y aún con esperanzas de liberarme, forcejeo. El otro lanza una carcajada obscena y, sobándome

el lomo, empuja mis carnes para continuar con el bamboleo a lo largo de la habitación. Los mosaicos del piso forman rectas y transversales donde mi visión no logra fijarse y el mareo me domina. Mi sien late cada vez más fuerte y siento que mi cabeza entera podría estallar. Parece como si toda la sangre estuviera acumulándose allí para comenzar a salir por mis orejas del mismo modo en que salen de mis labios golpeados y mi nariz moreteada.

Las gotas caen sobre el agua rojiza y enseguida ambos líquidos conforman un color homogéneo e imposible. Parecen confirmar que, al fin y al cabo, la sangre de los hermanos es la misma. Y entonces un

pensamiento vuelve a aferrarse de mi mente y me obliga a preguntar:

–… ¿Y Chisana?...–Los borbotones de sangre cortan mis palabras y me ahogo con mi propia saliva. Me interrumpe un acceso de tos que me hace sentir en cada sacudón que todo mi cuerpo se está agrietando y que no soy más que una masa sanguinolenta cubierta de lágrimas y mucosidades de todo tipo. – ¿Dónde está Chisana?...

Como respuesta recibo unas palmadas sobre el lomo y otra carcajada obscena y sádica:

–No te das una idea de lo mucho que disfruto con esto.

¿Con esto? La pregunta se forma en mi cabeza, pero de mi boca no brotan más preguntas que:

–… ¿Y Chisana?... ¿Dónde está Chisana?...

–Calmate de una vez, hermano. –Dice la voz grave. –Estará en un mejor lugar pero no estará para verlo.

Mi confusión aumenta, y las palabras del salvaje no me ofrecen certeza alguna. ¿Ha lastimado a mi hermano pequeño de algún modo? ¿Lo ha soltado y lo ha dejado escapar? ¿O acaso habrá conseguido…

–Vine por los hermanos mayores, los que metieron entre rejas a Hageshi Okami pero, no satisfechos con la justicia, salieron

a buscarla ello mismos en una Ley de Talión imperdonable.

Si este era el veredicto, ahora me parece justo. No puedo ni estoy en posición de defenderme. Pero esto tampoco es un juicio, sino una ejecución. El único rito que comprenden los espíritus salvajes. Y un segundo después descubro que yo también lo soy. Me pregunto si mi verdugo estará al tanto del favor que está por hacerme. Con mucho esfuerzo y entrecortando mis palabra intento preguntárselo. Pero a las tres o cuatro palabras que logro articular me interrumpe tranquilamente:

–Ya es tarde para consuelos. –Vuelve a decirme. –Es tu hora de pagar, cerdito.

Y sabiendo que no me ofrece alternativa alguna decido mostrar alguna valentía por primera vez en mi vida. Doy una profunda respiración y contraigo todos mis músculos en el aire. Luego le entrego mi cuello al corte húmedo de sus dientes enormes. El ardor en la zona se intensifica.

Pero en ningún momento escucho la dentellada.

14

La sólida casa se abría en corredores extensísimos y pasillos estrechos con puertas a ambos lados. Cada tanto el

camino se abría en un vestíbulo con una enorme escalera desde donde se veía una planta alta de proporciones idénticas, con un número de puertas imposibles que daban vértigo sólo de conjeturar la cantidad que realmente eran. La teniente Usagi se internó por los pasillos unas cinco veces hasta notar que en cada vestíbulo que se abría la escalera principal no era otra, sino siempre la misma, lo que significaba que se hallaba girando en círculos en una habitación pequeña.

Acercándose a los extremos del cuarto, al intentar tocar las paredes notó una superficie dura y fría. El espejo y su efecto

de duplicación habían fraguado aquel montaje.

Con el fin de perder a los intrusos, de seguro.

La teniente Usagi desactivó los espejos y las dimensiones de la casa se mostraron tal como eran. La planta baja no tenía más que un vestíbulo de entrada y una habitación trasera que servía de cocina–comedor; la planta alta albergaba tres habitaciones individuales para los moradores de aquella casa.

Los cuales, por cierto, no estaban, pensó la teniente Usagi. Al menos no a la vista.

Con la mirada cerca del suelo pudo vislumbrar manchas de sangre que alguien había intentado limpiar sin mayores cuidados. Líneas rojizas como estrías bajaban las escaleras y se perdían en la habitación trasera. La teniente Usagi desenfundó su arma y se acercó cautelosamente hacia donde terminaban las manchas.

El sonido de una bolsa de plástico oscura con un cadáver rosáceo la hizo retroceder. Miró a su alrededor, pero ni siquiera pudo ver a su compañero.

Entonces, un chillido penetrante, agudo y espasmódico que venía de la planta alta captó la atención de la teniente Usagi.

Sin demoras, echó a correr escaleras arriba, sus muslos sólidos flexionados levemente, a la expectativa de cualquier ataque sorpresivo.

Tras abrir la primera puerta fue testigo de la carnicería atroz que se estaba llevando a cabo.

Allí, frente a ella y debajo de un amasijo de sangre y vísceras, estaba el sospechoso principal y sin lugar a dudas culpable de aquella ola de crímenes sin sentido que había sacudido la ciudad. Hageshi Okami se giró y la vio de inmediato, pero aturdido, sin entender quién era aquella joven conejita rosada en aquel uniforme que el criminal reconoció de inmediato y,

alarmado por alguna advertencia del pasado, le alteró sus facciones emocionadas por la carnicería en una expresión de amenaza y dientes afilados.

Pero la teniente Usagi no se arriesgó a detener a un sospechoso. Mientras la bestia peluda y musculosa se acercaba con sus ojos inyectados de adrenalina a causa del homicidio, el cargador de su arma se vacío sobre la figura amenazante.

Los primeros tres tiros lo hicieron retroceder. Los últimos dos, en el suelo, le perforaron un pulmón. El último, el fatal, fue un tiro de gracia.

La teniente Usagi se sintió orgullosa de poseer la suficiente sangre fría como para

acercarse hasta el caído peludo, soltarle unas patadas y apoyarle el cañón de su pistola sobre su oreja derecha.

–Ya no vas a andar metiéndote en casas ajenas, bestia miserable. Espero que te sientas satisfecho con tus venganzas.

Hageshi Okami se echó hacia atrás unos pocos pasos hasta chocar con la pared del cuarto pequeño.

–No estoy satisfecho. –Musitó la bestia. –Tuve que hacer todo esto obligado.

Pero la teniente Usagi no captó el enigma de esa afirmación final hasta después de apretar el gatillo por última vez y liberar la espina metálica que hacía llorar sangre sobre la criatura ya malherida que,

de todas formas, no tendría más que unas pocas horas de vida.

Poniéndose firme y sin volver a mirar a la bestia fenecida, contempló con cuanta frialdad pudo a la víctima, una masa sanguinolenta de tripas y vísceras que conformaban una identidad que demoró en reconocer. Y cuando lo hizo, lo evidente de la selección en las víctimas la hizo reconocer que la serie de crímenes no podía tratarse de una jugarreta basada en estereotipos vulgares. Y entonces pensó, ¿quién podría haber estado en las sombras chantajeando o amenazando a Hageshi Okami?

Y no llegó a inquirirse el porqué.

Una punzada cálida la dejó congelada en posición vertical, mientras una larga cuchilla de carnicero se abría paso más y más por su espalda, seccionando las vértebras inferiores de su columna. La teniente Usagi sintió un dolor insoportable y sus ojos se volvieron vidriosos. Pero conservó la frialdad que tan orgullosamente acababa de conquistar momentos antes de aquella sorpresa nefasta.

Y cuando llegó Emergencias y la llevaron amarrada a una camilla todavía estaba despierta aunque con la mirada fija, como perdida; completamente conciente,

lúcida, sin dudas. Pero ausente de toda emoción.

15

Mi hermano Okina está muerto.

Ahora tiro yo, porque me toca…

Mi otro hermano, Chugata, también está muerto.

Mi cuerpo es una gelatina que la ansiedad pone en movimiento y mi corazón golpea a mil por hora mientras los bamboleos en mi cabeza me impiden controlarme y entonces noto algo, algo que deja de responder como siempre, algo que ya no responde como antes y poco a poco

la violencia que me rodea parecen removerse con la facilidad con que se quita la pieza de un rompecabezas y por primera vez experimento lo que significa ocupar un plano bidimensional y me lamento por mis acciones pasadas y recientes y por haber tenido que llegar hasta aquí y en mi cabeza tengo justificaciones y las uso pero no son suficientes porque de repente siento como que me asfixio que no me entra el aire que no puedo respirar y abro la boca y resoplo pero el aire parece no entrar y llevo mis manos a mi cuello y me masajeo en un gesto inconsciente ya sin saber qué hacer y siento que los ojos se me salen de las órbitas y una voz que me dice que me

calme que no me preocupe es una voz herida que me habla desde un cuerpo inmóvil en el suelo y yo reconozco esa herida y me lamento no tener el suficiente control sobre mi cuerpo para asestarle una estocada final allí en el suelo donde se encuentra y atar todos los cabos sueltos para permanecer impune.

Pero apenas si alcanzo a pulsar el botón de mi localizador.

Y, con la suerte de mi parte una vez más, unos cuatro minutos más tarde la ambulancia está con nosotros.

Unos enfermeros me colocan un respirador y me dicen que acabo de tener un paro cardíaco.

Estoy en una camilla.

No sé hacia dónde me llevan.

No sé qué haré ahora.

16

En la Clínica Azul había una huelga de empleados sanitarios, y aunque las enfermeras pasaban a horarios a disponer de narcóticos recetados, los deshechos enturbiaban la atmósfera de aquel supuesto templo de la salud.

La teniente Usagi había estado toda aquella mañana maldiciendo su suerte y su cuerpo, intentando estirar el brazo para

abrir la ventana que estaba a escasos centímetros de ella. Quizás la habían dejado a aquella distancia por si querría lanzarse al vacío. Desde luego, no podría. Estaba inmovilizada del cuello para abajo, y aunque podía hablar cada instante sentía menos necesidad de hacerlo. Además, ya nadie la visitaba, ¿con qué fin?

El primer en llegar, el jefe Hikigaeru, fue para anunciarle su inmediato retiro, sin goce de sueldo. Luego se iría, indignado, abriéndose paso a portazos e insultos a todo cretino que se cruzara en su camino.

Luego recibió la visita de una viuda. Se llamaba Dana y había sido la esposa de su compañero. La teniente Usagi la recibió

inmutable, aunque por dentro se sorprendió de enterarse que el agente Zoro, con su vida tan disoluta y entregada al vicio, pudiese hacerse espacio para tener a alguien que lo amara.

De todos modos, la viuda no le ocultó que le iban a dar una pensión por la muerte de su marido en servicio y la teniente Usagi prefirió evitarle el disgusto de enterarla acerca de su nueva condición de desempleada.

Se despidieron apenas intercambiando la misma palabra y nunca más se volverían a ver. Para la teniente Usagi aquello era lo mejor. Quería estar sola, no quería pertenecer a aquel mundo, y si no se

arrojaba por la maldita ventana era porque no podía mover su cuerpo un milímetro. Y tenía demasiado orgullo como para pedir a alguien que intercediera por ella. Pero aguardaba la oportunidad. Cada día.

Días después aparecieron los doctores y le comunicaron que no tenía posibilidad de recuperarse, que la base de su columna había sido partida en cinco lugares distintos, con varias vértebras pulverizadas inclusive. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Echarse a llorar?

Quedaba en silencio, sin saber qué responder cuando le preguntaban si quería ver a alguien en especial o si quería que la llevaran a la casa de algún familiar. Lo

único que sabía era que no quería estar allí, de aquel modo.

No tenía sitio donde ir. Su mundo siempre había sido su cuerpo. Y ahora su cuerpo no le respondía. Su mundo había colapsado. Sin embargo, su conciencia, ella seguía viva, presta a contemplar el deterioro y la erosión de un paisaje donde ya no se concretaría el dinamismo de la vida.

Estéril, pensó para sí.

Lo dijo en voz alta y la enfermera de turno la oyó, pero no hizo comentario alguno. Le dedicó una sonrisa amable y servicial mientras le cambiaba el suero y le tomaba la presión sanguínea.

Luego, antes de retirarse, le encendió el televisor. Saber que la teniente pasaba tantas horas sola, sin recibir visitas, la hicieron considerar la idea de encenderlo como el mejor modo de no dejarla sin más compañía que sus propios pensamientos. Claro que los pensamientos que provenían de aquella cadena de noticias eran un buen ejemplo de que muchas veces es preferible la soledad a una compañía negativa.

La enfermera volvió hacia ella y se inclinó en un gesto servicial antes de retirarse.

La teniente observó la televisión. La pantalla mostraba una toma aérea de la finca donde el agente Zoro había detenido

a Hageshi Okami a riesgo de haber perdido su vida. Esa fue la versión oficial. Órdenes del jefe.

Luego el informativo mostró los cadáveres destrozados de los cerdos en manos de Hageshi Okami. Fueron apenas unos segundos pero bastaron para trastornar a una generación de niños incautos que se arrimaron al mismo canal en aquel preciso instante.

Los periodistas anunciaban que la masacre no tenia precedentes, pero que el homicida tenía varias denuncias por acoso y destrucción de propiedad de las víctimas. Sólo fue cuestión de tiempo hasta que se produjo el incendio, decían. Y delegaban

toda la responsabilidad en la Fuerza Federal y la incompetencia de sus agentes.

Pero lo único cierto que decían y decían era el número de sobrevivientes: dos.

Y de inmediato la teniente Usagi supo que tarde o temprano recibiría una visita especial.

No quería estar allí, desde luego; pero no se dejaría doblegar por ningún cerdito.

EPÍLOGO

El pequeño Chisana entró en la habitación infecta de la teniente Usagi. Ya hacía cinco días que los empleados estaban

de huelga y el único líquido que se renovaba era el suero. El aspecto de la teniente era terrible, como el espectro de una posesión diabólica, sin rastros de aquellas propiedades que con socarronería el agente Zoro había llamado "encantos femeninos".

Con fingida timidez porcina, la mirada gacha y las oreas aplanadas hacia adelante, el pequeño Chisana se acercó a la teniente Usagi quien no soltó ni un respingo y lo dejó aproximarse.

En su espalda, el cerdito tenía la misma cuchilla con que había postrado a su contrincante. La teniente Usagi vio el filo

reflejado sobre el vidrio de la ventana. Sin pestañear, le preguntó al cerdito:

–¿Por qué harías esto? ¿Qué ganarías? Me despidieron. Mi jefe vino personalmente a decirme que estaba fuera. No sé qué haré ahora. Además, no podré moverme nunca más…

Chisana detuvo un instante sus intenciones homicidas, para explicar:

–Quiero hacerlo, digamos, porque le tomé el gusto…

–No me opongo a que termines con esto que te salió tan mal. Pero quiero que sepas que tampoco tengo interés en atraparte. Ya no.

El cerdito se relamió en su promesa de inminente carnicería, y desenvainó su cuchilla. El filo relució en el aire sucio de aquel lugar. Pero Chisana bajó el arma. La mirada ausente de la ex teniente Usagi, como muerta, el desorden y la suciedad que la rodeaban, le conferían el aspecto de un cadáver. Y todo el interés del cerdito por la matanza se evaporó en un instante.

Dejó caer la cuchilla.

–¿Qué hacés?

Chisana se agachó a levantar su arma, pero la tomó al revés y la punta se le clavó en el índice. Dejó escapar una mala palabra. La ex teniente Usagi repitió la expresión para calificar el comportamiento

tan cobarde. Y mientras decía esto olisqueó en el aire la sangre del cerdito y creyó entender a qué se refería aquel joven animal, de infancia tan problemática, de acosos externos y familiares, que hubo de planear una intrincada mentira para quedarse con la sólida casa de su hermano mayor.

A veces, la fortaleza en un mundo cruel no basta para sobrellevar el sinsentido de la existencia. La ex teniente Usagi organizó una lista mental con los nombres de todos aquellos que habían sido negligentes con ella, pese a estar cumpliendo su trabajo, hasta tal punto de dejarla desempleada y desamparada, inválida, y en manos del

asesino psicópata que ellos mismos dejaron en libertad.

–No puedo hacerlo. –Se excusó Chisana desde el suelo. –Necesito alguien más cerca de la vida. ¡Sólo así vale la pena empujarlos al otro lado!

–Ya iremos a buscar a algunos –Le prometió una voz cavernosa, mortuoria. Y entonces el cerdito ya no estuvo seguro de con quién estaba hablando realmente.